

"LA PASIÓN" (Según Evaristo)

"Los días...

Los días pasan...

Los días pasan y se escapan de mis manos...

Pero las horas...

Las horas tardan...

Las horas tardan muchísimo en pasar

De 9 a 5 de la tarde.

Tictac

Tictac

Tictac"

Saltó de su cama como un estuche, rígido de tan opaco.

Tenía por delante el día. Todo el día. Como lo tuvo ayer y, previsiblemente, lo tendría también mañana pero...

Es difícil diferenciar unos días de otros. Para eso se inventaron calendarios.

Y Evaristo los consulta siempre antes de tomar su desayuno.

"Ubiquémonos

antes de comenzar.

A ver, a ver, a ver...

*Ayer fue día seis
Mañana será ocho
Hoy es siete de mayo
Martes, siete de mayo
¡A por él!"*

Luego se sentó en la mesa con café, tostadas, mantequilla y mermelada. Lo mismo que hizo ayer y, previsiblemente, haría también mañana. Y, ya sin más excusas, el rito de abrir la puerta para salir a enfrentarse a los peligros que le esperan...

Que el mundo no es un vergel con ángeles y mariposas, es un hecho constatado por todos los humanos, pero nadie ve en un niño de tres años, una anciana hemipléjica o un monje tibetano, peligro alguno.

Evaristo sí.

Él tiene muy claro que, si algo tan pequeño como un mísero microbio es capaz de hacer estragos, no se puede esperar menos de las cosas que gritan o se ríen, que tienen ambiciones o, simplemente, ganas de comer.

Por eso desconfía de todos y de todo.

Por eso intenta siempre estar atento y no bajar la guardia.

No cometer excesos y una comida sana para atajar los peligros del cuerpo...

Pero su salud equilibrada no le salva de accidentes, secuestros, pistolas o cuchillos.

Ni del humo de los coches o un agujero en la capa de ozono.

Ni de la locura del amor.

Sí, del amor.

Y Evaristo, de pronto, en una esquina, tuvo un ataque de estos.

El agente emisor tenía aspecto de mujer joven y guapa, de aire recatado, probablemente virginal y, para colmo de males, ese día nuestro hombre estaba bajo de defensas y no sabía bien qué hacer.

El camino a su despacho consistía en recorrer un kilómetro de la misma calle de su casa, siempre en línea recta.

Cada día el mismo. Ida y vuelta.

Sin embargo hoy ella lo atravesaba.

Y también estaba atravesando el orden de sus cosas.

"¿Qué hacer?"

¿Intento entablar conversación?

¿La sigo y me entero

dónde trabaja o dónde vive?

¿Qué hacer?

¿Qué hacer?

*Todo el mundo habla
de la procreación,
buscar la eternidad,
repetirse en espejos...
Incluso sé que causa
mucha fascinación
practicar el deporte
de conjuntar dos cuerpos
y agitándose un rato,
con movimientos rítmicos,
parece ser que logran
sentirse relajados.
Si hoy hiciesen encuestas
a animales o a humanos
lo cambiarían todo
por pasar este rato*

¿Qué hacer?

¿Qué hacer?

¿Qué hacer?"

Sólo tenía unos segundos para decidirse.
Pero igual le dio tiempo para imaginarla con besos
que rocían la gripe, un cepillo de dientes rebosante

de SIDA, y sexo dónde campan a sus anchas los hongos vaginales.
Llegó incluso a alucinarla con un cuchillo de cocina intentando de noche ser una viuda rica.
Y sintió pánico.
Arritmia en sus pulsaciones.
Su rostro petrificado.
"Señor, ¿le ocurre algo?"
Preguntó, imprudente, la bella agresora.
Y entonces, le respondieron las piernas, llevándose de allí como un caballo desbocado.

Ya está. Sólo fueron doscientos metros de desvío de su recta habitual y una taquicardia controlable. Ese peligro había quedado atrás.
Saboreó el momento con placer, la misma placentera sensación que siempre experimenta cuando le dan una vacuna.
Ahora sólo quedaba retomar su calle cotidiana. Y, por supuesto, continuar estando alerta. Siempre alerta.
Que nunca se sabe por donde va a atacar el mal. Y Evaristo pretende seguir viviendo así hasta cumplir cien años.

"Los días..."

Los días pasan..."

Los días pasan y se escapan de mis manos...

Pero las horas...

Todas las horas...

Tardan muchísimo en pasar

Tardan muchísimo

Tardan

Tictac

Tictac

Tictac"

Eduardo Diago